

dado los topónimos que indicaban la existencia de progradaciones deltaicas, áreas lacustres y palustres y nos informaban sobre las antiguas características hidrológicas o morfológicas del litoral valenciano: marjal del Palmar, los humedales *francs i marjals*, el pantano arcilloso del Tremolar, las ciénagas del Grao y la Punta deltaica del río Turia.

A este respecto cabe destacar el significado del topónimo de la Punta. La Punta del río Turia, con mucha probabilidad, era el trazado del río en época anterior a la conquista de Jaime I. Ese cauce quedó fijado en un levantamiento fotogramétrico de 1980 (RUIZ-CARMONA, 1999), en él observamos que el trazado de la curva de nivel de 5 m snm delata la existencia de una antigua trayectoria del curso de río Turia en el litoral, paralela a la costa en la zona denominada *la punta d'En Silvestre*.

Esta punta corresponde a una desembocadura deltaica con carga sedimentaria mixta y con diques aluviales progradantes sobre las zonas palustres de los *francs i marjals* medievales. Estas zonas palustres constituían el sector septentrional de una antigua albufera mucho más extensa. La desembocadura del río, bloqueada por sedimentos, podría desaguar en este margen septentrional de la Albufera, en un sector denominado *la Conca* en época medieval, conectado hidrológicamente con el lago y accesible desde el mar por bocanas o golas. Así la Punta podría corresponder al antiguo cauce navegable del Turia, que conectaría con el lago de la Albufera y con el mar en el área de Pinedo. Este curso fluvial quedó abandonado por el desvío o avulsión del Turia hacia los marjales del Grao en un periodo indeterminado anterior al final del siglo XIV. El incremento del gradiente en el tramo final (superior al 2‰), el sangrado de agua para el regadío, la transformación morfológica del cauce en la Edad Media y el aumento del grosor de la carga sedimentaria, debió impedir definitivamente la navegabilidad del Turia desde el siglo XV (RUIZ-CARMONA, 1999). Anteriormente, el recorrido del río por el sector de la Punta era más largo, el perfil longitudinal de menor gradiente y el lecho más estrecho y profundo, permitiendo la navegación a las embarcaciones de pequeño calado que llegaban hasta los puertos de la ciudad durante épocas romana e islámica.

LAS FUENTES ESCRITAS Y EL PANORAMA HISTORIOGRÁFICO

[ANTONIO C. LEDO / JUAN JOSÉ SEGUÍ –UVEG–]

Es *communis opinio* que la ciencia histórica avanza básicamente gracias a los hallazgos arqueológicos. Lo espectacular de alguno de estos descubrimientos y, en algunos casos, su rápida divulgación mediática explica lo extendido de esta idea. Pero, aún reconociendo la importancia de la contribución arqueológica, el historiador que se precie de serlo tiene la obligación profesional de, digámoslo con cierta cursilería, beber en todas las fuentes posibles de conocimiento.

Y es precisamente el término «fuentes» el que, aunque utilizado también para el registro arqueológico, se suele aplicar a todos aquellos documentos que basan su poder de información en la escritura y, también, en la imagen. Entre éstos podemos comenzar hablando del objeto de estudio de

la numismática y de la epigrafía, monedas e inscripciones respectivamente, documentos que ofrecen una gran ventaja, y es que, por regla general, han llegado a nosotros con muchas menos alteraciones que el otro gran grupo de fuentes, las conocidas como «literarias», «documentales» o, simplemente, «escritas», heterogéneo grupo integrado por obras que encajarían en nuestro concepto de literatura, pero también por tratados científicos de diversa naturaleza, listados de nombres geográficos, actas conciliares y un largo etcétera.

Este grupo de documentos aportan un caudal y un tipo de conocimiento únicos, pero presentan diversos problemas. El primero de ellos tiene que ver con el proceso de transmisión textual por el que las obras de la Antigüedad salvaron los siglos medievales y en el que la incuria del tiempo, pero también la impericia o la alteración intencionada por parte de los copistas, acabaron mutilando o modificando la forma original de los textos, que ha de ser restituida en la medida de lo posible. Por otro lado, se hace necesario determinar las circunstancias que rodearon la aparición de un determinado documento, comenzando por el autor y su, siguiendo a Ortega, circunstancia: extracción social, formación, intereses políticos o de cualquier otro tipo, relación con el poder, fuentes utilizadas (confesadas o no), etc. El término exégesis condensa en su significado todo este complejo proceso de análisis que tiene como fin, dicho en pocas palabras, explicar e interpretar la forma y la intención con la que un documento vio la luz, lo que en algunos casos reporta una información mucho más interesante que el propio tenor literal.

A pesar de que cualquier texto literario procedente de la Antigüedad es susceptible de convertirse en fuente histórica, destacan entre ellos las narraciones de carácter histórico. Pero la Historia, concebida en la Antigüedad como un género literario y no como una disciplina científica, estuvo siempre lastrada por una importante limitación epistemológica: el interés casi exclusivo hacia los aspectos militares y políticos («fácticos» diríamos hoy en día), continuamente copiados y reinterpretados de unos autores a otros. Por contra, adolecemos de una enorme carencia de noticias que incidan en aspectos de carácter administrativo, social, económico o cultural, y cuando disponemos de este tipo de información, suele estar contenida en tratados, sobre todo de carácter geográfico, que tienden a poner el acento en las circunstancias más llamativas de los pueblos y tierras que iban conociéndose, abundando en ellos los prejuicios culturales, estereotipos y lugares comunes (*topoi*). A esta desproporción temática hemos de añadir la que surge al comparar el caudal relativamente importante de información que disponemos para determinadas épocas o regiones y las pocas líneas, cuando no el silencio más absoluto, con las que tenemos que contentarnos en otros casos.

Con todo, lo bien cierto es que los textos legados por la Antigüedad constituyen una fuente inapreciable e insustituible para muchos acontecimientos del pasado. Por ello, se hace necesario rechazar la actitud hipercrítica que hacia estos textos ha mostrado una parte de la historiografía moderna y que tal vez haya que entender como una simple reacción a la credibilidad absoluta que hasta fechas no demasiado lejanas se concedían a las palabras de los historiadores y otros autores antiguos. Con estas premisas, estamos ya en condiciones de conocer sucintamente cuáles son las principales fuentes no arqueológicas de que disponemos para el conocimiento histórico de la Valencia antigua.

El único texto escrito que nos informa de la fundación de *Valentia* lo encontramos en la obra de Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.), autor de una marcadamente patriótica, historia de Roma desde sus orígenes titulada *Ab Urbe condita libri* y compuesta por ciento cuarenta y dos libros. De éstos conservamos completos treinta y cinco y fragmentos más o menos extensos de otros ochenta y cinco. De los resúmenes o *periochae* que se hizo de cada uno de estos libros conservamos todos excepto de dos. En uno de ellos, concretamente el del libro LV, se encuentra el famoso pasaje que ha sido considerado como la auténtica ‘partida de nacimiento’ de la ciudad: «Iunius Brutus cos. in Hispania is, qui sub Viriatho militaverant, agros et oppidum dedit, quod vocatum est Valentia». Lo escueto de la cita no ha impedido que surgiera en torno suyo una amplia polémica sobre la localización geográfica de la concesión del cónsul y sobre el origen de los primeros pobladores del *oppidum*. Aunque la cuestión se tratará más detenidamente en el apartado correspondiente, cabe decir aquí que las excavaciones arqueológicas realizadas en distintos puntos del centro urbano de Valencia, además de corroborar la fecha de fundación implícita en el texto, han matizado ampliamente el valor de las distintas opiniones vertidas sobre este tema. En esta polémica intervienen, también, las leyendas y los tipos monetales utilizados en las tres series que *Valentia* acuñó durante los siglos II y I a.C., otra de las fuentes de información fundamentales para las primeras décadas de existencia de nuestra ciudad.

El difícil papel que le tocó jugar a *Valentia* en las guerras sertorianas (80-72 a.C.) tiene su principal referencia documental en Cayo Salustio Crispo (87-35 a.C.), autor, junto a las conocidas *Conjuración de Catilina* y *Guerra de Yugurta*, de una obra titulada *Historias*, que abarcaba desde el 78 al 66 a.C. A pesar de haber sido muy maltratada por el proceso de transmisión textual,

Es precisamente el término «fuentes» el que, aunque utilizado también para el registro arqueológico, se suele aplicar a todos aquellos documentos que basan su poder de información en la escritura y, también, en la imagen. Entre éstos podemos comenzar hablando del objeto de estudio de la numismática y de la epigrafía, monedas e inscripciones respectivamente, documentos que ofrecen una gran ventaja, y es que, por regla general, han llegado a nosotros con muchas menos alteraciones que el otro gran grupo de fuentes, las conocidas como «literarias», «documentales» o, simplemente, «escritas», heterogéneo grupo integrado por obras que encajarían en nuestro concepto de literatura, pero también por tratados científicos de diversa naturaleza, listados de nombres geográficos, actas conciliares y un largo etcétera.

Reverso de as de Valentia acuñado por los magistrados C. Lucienus y C. Munius hacia la década de los años 120 a.C., descubierto en los Villares (Caudete de las Fuentes). Museo de Prehistoria, Valencia.



entre los pasajes conservados hay dos que nos interesan especialmente: en el primero se hace alusión a la batalla librada entre Pompeyo y los generales sertorianos Perpenna y Herenio «inter laeva moenium et dexterum flumen Turiam, quod Valentiam parvo intervallo praeterfluit» (II 54), es decir, «entre el lado izquierdo de la muralla y la orilla derecha del Turia, que discurre a escasa distancia de Valencia». El mismo autor recoge la carta que Pompeyo dirige al senado dando cuenta de su triunfo (II 98, 6) y en la que se hace referencia a un «proelium apud flumen Durium», aunque la mención a continuación del «dux hostium C. Herennius cum urbe Valentia» confirma la opinión de los editores del texto de considerar la alusión al río castellano como un error debido a la similitud con la forma *Turium*, documentada en otras fuentes. Merece la pena leer ambos pasajes de Salustio en su forma original latina porque estamos ante la mención documental más antigua que conservamos del nombre de nuestra ciudad.

La victoria pompeyana en las proximidades de Valencia es recordada brevemente por Plutarco, autor griego de los siglos I-II d.C., en su *Vida de Pompeyo* (18, 5), mientras que Lucio Anneo Floro, en el resumen que realizara, también en el siglo II d.C., de la obra de Livio y conocido por ello como *Epítome de la Historia de Tito Livio* o, simplemente, *Gestas de los romanos*, volvía a recordar el momento en el que *Valentia* se rendía a la autoridad del senado tras el asesinato de Sertorio (II 10, 9).

Para un amplio sector de la investigación, la victoria pompeyana en Valencia significó su destrucción violenta, algo que, como se verá en su momento, parece corroborar el registro arqueológico, y, lo que parece más problemático, la práctica desaparición de ciudad como centro habitado hasta la época de Augusto. Esta última opinión, de todos modos, puede matizarse si consideramos otro documento, esta vez epigráfico, hallado fuera de nuestras fronteras y cuya aportación constituye un magnífico ejemplo de la necesidad que tiene el historiador de aquilatar y contrastar todas las fuentes de las que pueda disponer. Nos referimos concretamente a una lápida conmemorativa procedente de Cossignano (Italia) erigida hacia el 60 a.C. y ofrecida al cónsul Lucio Afranio, antiguo legado de Pompeyo, por el senado y los colonos de una ciudad cuyo mutilado nombre aparece en un incompleto *Vale[-]*. (CIL I² 752). De aceptar que se trata de la *Valentia* hispánica, se hace muy difícil compaginar la labor de reconocimiento al cónsul por parte de sus habitantes con el supuesto abandono de la ciudad desde los años de la guerra sertoriana.

La naturaleza de sus primeros pobladores, y su destrucción y posible abandono unos sesenta años después, no son las únicas cuestiones controvertidas que plantean los primeros siglos de existencia de nuestra ciudad. Gracias de nuevo a la aportación de la epigrafía conocemos la existencia, al menos en el senado municipal de la Valencia romana, de dos *ordines* o grupos, los *valentini veterani*, y los *veteres*. El origen de esta distinción social ha dado pie a diversas interpretaciones que se analizarán posteriormente, aunque parece clara la primacía de los *veterani*, citados mayoritariamente en primer lugar y considerados como un grupo de licenciados del ejército instalados en nuestra ciudad en un momento todavía no determinado por la investigación. Lo que sí puede afirmarse es que en época altoimperial esta duplicidad social, de la que se conocen otros ejemplos en el mundo romano, estaba muy presente en la vida institucional de los *valentini*. De ello da fe el gran número de inscripciones que nos han llegado (hasta once) en las que se alude de alguna manera a uno o ambos grupos.



Ignorada nuestra ciudad por la *Geographiká* de Estrabón, cuya descripción de la *Via Augusta* salta de *Saguntum* a *Saetabis* directamente (III 4, 9), las noticias de índole geográfica o administrativa comienzan con el bético Pomponio Mela (siglo I d.C.), autor de una *Chorographia* considerada como la primera descripción del mundo en latín que se conoce y en la que se incluye el nombre de *Valentia*, calificada como *notissima*, en la nómina de ciudades del golfo sucronense (II 92). Más interesantes son las noticias que sobre nuestra ciudad encontramos en la magna *Naturalis Historia* de Cayo Plinio Segundo (c. 23-79 a.C.), una auténtica enciclopedia de la época en treinta y siete libros, ocupándose el tercero de ellos de la descripción de las Hispanias. Cuando nuestro autor se ocupa de la región edetana, inmediatamente después de una posible referencia a la Albufera, aparece la primera mención conocida del carácter de colonia de nuestra ciudad, aludiéndose también a los tres mil pasos, esto es, poco menos de cuatro kilómetros y medio, que la separaban del mar: «Valentia colonia III (milia) p(assum) a mari remota» (III 20). La ciudad aparece también mencionada en la *Geografía* (*Geographiké Hyphegesis*), de Claudio Ptolomeo (siglo II d.C.). Compuesta por ocho libros, su influencia en la ciencia geográfica fue enorme durante toda la Edad Media, especialmente en el mundo islámico. Se trata de un caso único entre los tratados geográficos legados por la Antigüedad por el listado de las principales ciudades del mundo conocido y la indicación sistemática de su latitud y longitud; *Valentia*, incluida extrañamente entre los contestanos, es ubicada a respectivamente a 39° 5' y 14° (II 6, 62), mientras que la desembocadura del río Turia es consignada correctamente en la costa edetana (II 6, 15).

Atendiendo a su estratégica posición sobre la antigua *Via Augusta*, no es de extrañar la mención de *Valentia* en todas aquellas obras antiguas centradas en la descripción más o menos pormenorizada de las rutas que surcaban el Imperio. La primera de estas menciones la encontramos en el documento conocido como *Itinerario de Antonino* (400, 3), una detallada, aunque no completa, relación de las vías más importantes; su valor sobre otras obras de carácter similar radica, además de en su mayor antigüedad, en que incluye los puntos de inicio y final de cada ruta, las estaciones intermedias y la distancia entre cada una de éstas. Si bien su nombre ya resulta problemático, lo es aún más su fecha de redacción, aunque la opinión más extendida defiende una primera redacción en el siglo III d.C. La controversia acompaña también a la obra cuyo título ha sido fijado por la tradición historiográfica como *Anónimo de Rávena*, un catálogo de nombres, en su mayoría de ciu-

Gracias a la aportación de la epigrafía conocemos la existencia, al menos en el senado municipal de la Valencia romana, de dos *ordines* o grupos, los *valentini veterani*, y los *veteres*. El origen de esta distinción social ha dado pie a diversas interpretaciones que se analizarán posteriormente, aunque parece clara la primacía de los *veterani*, citados mayoritariamente en primer lugar y considerados como un grupo de licenciados del ejército instalados en nuestra ciudad en un momento todavía no determinado por la investigación. Lo que sí puede afirmarse es que en época altoimperial esta duplicidad social, de la que se conocen otros ejemplos en el mundo romano, estaba muy presente en la vida institucional de los *valentini*. De ello da fe el gran número de inscripciones que nos han llegado (hasta once) en las que se alude de alguna manera a uno o ambos grupos.

Detalle de una de las inscripciones empotradas en la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados con la mención *veterani et veteres*.

Foto: J.L. Jiménez.



dades, que intentaba abarcar el mundo conocido hacia el siglo VII, la fecha más probable de su composición. *Valentia* aparece citada en dos ocasiones (IV 42 y V 3), y su contexto viario responde prácticamente al ya aparecido en el *Itinerario de Antonino*, un contexto que se repite también en los *Vasos Apollinares* o de Vicarello, unas ofrendas a Apolo en forma de vasos de plata en los que aparece grabado el trayecto entre *Gades* (Cádiz) y Roma. En tres de ellos aparece la forma *Valentia*, mientras que en el conocido como número I figura el topónimo en acusativo (*Valentiam*).

A caballo entre los siglos III y IV d.C. compuso probablemente Julio Solino su *Collectanea*, conocida también como *Colección de hechos memorables* o *El erudito*, en la que aparece una curiosa explicación sobre el topónimo *Valentia*, considerado como el primer nombre de Roma (I 1) y que dio lugar, como después se verá, a extravagancias eruditas sobre el origen de la ciudad. El final de la cuarta centuria es la época de composición de la *Ora Maritima* de Rufo Festo Avieno, un problemático poema entre cuyas fuentes se ha querido ver un viejo periplo masaliota del siglo VI a.C. y, por tanto, válido para el conocimiento de la realidad humana de la España prerromana. Pero sin querer entrar aquí en la ardua polémica que esta obra ha suscitado, es necesario recordar que la *Ora Maritima* es, ante todo, una obra literaria, un poema, y, que su autor participó plenamente en la tendencia, mostrada por la aristocracia romana pagana, y marcada por implicaciones en el terreno político y religioso, a volver la vista hacia las glorias artísticas e históricas de los siglos anteriores.

Esta exposición de las circunstancias que rodearon la composición de la *Ora Maritima* es, creemos, necesaria para interpretar el famoso pasaje en el que se alude a un río, nombrado como *Tyrius*, cuyo cauce rodeaba un *oppidum* llamado *Tyris* (v. 482). La similitud del hidrónimo con el *Turium* ya mencionado ha sido el principal argumento para defender la existencia de un núcleo prerromano sobre el que se edificaría posteriormente *Valentia*. En

La ciudad aparece también mencionada en la *Geografía* (*Geographiké Hyphegesis*), de Claudio Ptolomeo (siglo II d.C.). Compuesta por ocho libros, su influencia en la ciencia geográfica fue enorme durante toda la Edad Media, especialmente en el mundo islámico. Se trata de un caso único entre los tratados geográficos legados por la Antigüedad por el listado de las principales ciudades del mundo conocido y la indicación sistemática de su latitud y longitud; *Valentia*, incluida extrañamente entre los contestanos, es ubicada a respectivamente a 39° 5' y 14° (II 6, 62), mientras que la desembocadura del río Turia es consignada correctamente en la costa edetana (II 6, 15).

Claudio Ptolomeo, *Cosmographiae...*, siglo xv. Biblioteca Histórica, Universitat de València.

el capítulo correspondiente se tratará sobre esta interesante cuestión, que ha adquirido una nueva perspectiva gracias a los últimos hallazgos de época ibérica efectuados en lo que hoy son barrios de nuestra ciudad.

Con todo, la parquedad es la nota dominante en cuanto a las alusiones en los textos a *Valentia* por lo que respecta a la literatura bajoimperial. Ni siquiera la figura del mártir Vicente, cuya fama alcanzó hasta el último confín de la Cristiandad, fue capaz de llenar completamente este vacío, pues los textos que conservamos sobre su figura se limitan a señalar que fue en Valencia donde el diácono zaragozano recibió martirio y sepultura. Incluso el poeta Aurelio Prudencio Clemente (nacido en 348 d.C.), autor del *Peristephanon* (*De las coronas de los mártires*) se permite el nombrar el lugar donde el mártir fue sepultado como una *urbe ignota* cercana a Sagunto (IV 97-100). La posterior alusión al «río Turia, que corre a escasa distancia de Valencia» que realiza Vibius Sequester, un autor menor de los siglos IV y V, puede considerarse como una interpolación inspirada en el ya comentado pasaje de Salustio.

Los textos históricos de época visigoda tampoco inciden demasiado en Valencia. Su silencio a este respecto sólo en roto por un par de autores de renombre. El primero de ellos es Juan de Biclaro, nacido hacia 540 y muerto en 621, cuando era titular del obispado de Gerona. En su *Crónica*, que abarcaba entre 567 y 590, se hace alusión a la prisión que padeció el príncipe Hermenegildo en *Valentia* tras el aplastamiento de la rebelión que lideró contra su padre, el rey Leovigildo (*Chronicon*, ad a. 584-585). El segundo de los textos a señalar se debe a la prolífica pluma de Isidoro de Sevilla (c. 560-636), autor, entre otras obras, de un catálogo de escritores cristianos titulado *De viris illustribus* (*Sobre los hombres ilustres*), un tipo de composición que ya disfrutaba de una larga tradición entre escritores paganos y que había inaugurado en el campo cristiano Jerónimo siglos atrás. De esta obra hay que destacar tanto la mención a Justiniano (XX), el obispo valenciano más antiguo conocido documentalmente y autor, según opinión del sabio hispalense, de importantes textos doctrinales que no han llegado hasta nosotros, y la de Eutropio (XXXII), también *ecclesiae valentinae episcopus*, fundador del polémico monasterio Servitano y uno de los inspiradores del decisivo III concilio de Toledo.

Otro grupo de fuentes importantes para el conocimiento de la Valencia tardoantigua, especialmente en lo que concierne a su sede episcopal y a sus obispos, lo forman los no muy numerosos textos epigráficos de carácter cristiano conservados; destacan en este capítulo la inscripción hallada en la Almoina en la que se hace referencia a obras de restauración de la catedral visigoda, y el famoso epitafio del ya mencionado obispo Justiniano, conocido únicamente a través de un códice del siglo VIII. Contamos asimismo con las actas de los distintos concilios celebrados, tanto en Toledo como en otras ciudades, y una serie de documentos, ya plenamente medievales y en algunos casos con serias dudas sobre su autenticidad, entre los que destacan la *Nomina Ovetensis* y la *Hitación de Wamba*. También pueden extraerse conclusiones de carácter histórico, como veremos en su momento, de las acuñaciones que algunos reyes visigodos realizaron en nuestra ciudad.

Hemos de esperar al siglo XVI para encontrar las primeras referencias historiográficas concretas sobre la Valencia romana. Hasta entonces había sido la historia reciente, los acontecimientos desde la conquista de la ciudad a los sarracenos hasta el siglo XV, los que habían absorbido todo el interés de los cronistas medievales. Pero la recepción del espíritu renacentista, en el que las reminiscencias de la Antigüedad grecorromana eran constantes,



El primero que se enfrentó al desafío de incorporar una visión diacrónica de la historia fue Pedro Antonio Beuter (1490?-1554). Catedrático de Sagrada Escritura y Antiguo Testamento de la facultad de teología de Valencia, publicó en 1538 su *Primera part de la Història de València, que tracta de les antiquitats de Espanya y fundació de València, ab tot lo discurs fins al temps que lo Inclit Rey Don Jaume Primer la conquistá*. En 1546 se realizó una edición en castellano (*Crónica general de toda España y especialmente del Reyno de Valencia*) y, en 1556, otra en italiano. Beuter presenta muchos de los rasgos que caracterizan al historiador contemporáneo, pues utilizó los autores antiguos y la bibliografía erudita conocida hasta el momento.

Pedro Antonio Beuter, *Primera part de la Història de València...*, Valencia, 1538. Biblioteca Històrica, Universitat de València.

modificó el interés de los historiadores. De ahora en adelante había que incorporar una visión diacrónica de la historia, donde no podían faltar las evidencias más antiguas. El historiador encontraba de este modo un nuevo campo de trabajo, casi inédito, en el que debía unir, junto a su capacidad narrativa, el esfuerzo investigador, en el que era primordial el conocimiento de los textos (SÁNCHEZ, 2003, 42), pero que también estaba expuesto a grandes peligros.

El primero que se enfrentó a este desafío fue Pedro Antonio Beuter (1490?-1554). Catedrático de Sagrada Escritura y Antiguo Testamento de la facultad de teología de Valencia, publicó en 1538 su *Primera part de la Història de València, que tracta de les antiquitats de Espanya y fundació de València, ab tot lo discurs fins al temps que lo Inclit Rey Don Jaume Primer la conquistá*. En 1546

cronista de general de la Corona de Aragón en 1614, cuyos *Anales del Reino de Valencia* (1613) están estructurados desde los orígenes hasta la muerte de Jaime I. Su principal mérito es el de dar, por primera vez, una visión cronológica y ordenada de la historia valenciana hasta Jaime I, si bien acepta y adapta muchas de las opiniones de Beuter, en parte por rivalizar con Escolano (PLA, 1962, 77-82).

El resultado de las construcciones históricas de todos estos cronistas fue una peculiar historia antigua de la ciudad de Valencia que partía de los principios establecidos por los historiadores españoles mencionados, plagada de fantasías y falsedades (CARO BAROJA, 1992, *passim*; PLA, 1962, 62), si bien adaptada al territorio. Así, unánimemente se partía del reparto bíblico del mundo conocido entre los hijos de Noé, en el que correspondió Europa a Jafet. Después, basándose en la obra falsificada de Beroso, un historiador caldeo, y en el crédito que todos daban a Viterbo y otros falsarios, se ampliaba la información bíblica haciendo primer rey de España a Túbal, hijo de Jafet. Su vigésimo descendiente, un tal Romo, sería el fundador de la ciudad de Valencia en un momento impreciso, pues los autores proponían diversas fechas, todas más allá del primer milenio antes de Cristo. A mayor abundamiento, la ciudad se llamaría Roma en esta primera época, hasta que con la llegada de Escipión o de Junio Bruto se le cambiaría el nombre por el de *Valentia* para evitar la incómoda coincidencia, aunque manteniendo una común etimología, pues la palabra «roma» en griego significaba valentía o fortaleza (PLA, 1962, 66ss.; FURIÓ, 1999, 9-10). La división de opiniones sobre los *Valentini veterani* y los *veteres*, o sobre el origen lusitano o romano de los colonos de Junio Bruto, también estaba presente en todos los cronistas.

Tras los grandes cronistas valencianos de principios del siglo XVII las referencias a la historia de la ciudad desaparecen. La última aportación estimable de ese siglo la encontramos en la obra del inquisidor José Vicente del Olmo (1620-1696), *Lithologia, o explicación de las piedras y otras Antigüedades halladas en las zanjas que se abrieron para los fundamentos de la Capilla de nuestra Señora de los Desamparados de Valencia* (1653) que es, sin duda, el antecedente de todos los epigrafistas valencianos, aunque sigue las teorías fundadoras referidas.

La gran renovación historiográfica hubo de esperar a la figura de Gregorio Mayans y Ciscar (1699-1781), un gran impulsor de los estudios históricos bajo una visión crítica, como dejó patente en su *Censura de historias fabulosas*. Buena parte de las referencias del P. Flórez en la *España Sagrada* a Valencia en el tomo VIII se deben a su magisterio. Gregorio Mayans preparó con su hermano Juan Antonio (1718-1801) un diccionario geográfico-histórico, inédito, que incluía referencias a la ciudad antigua de Valencia, y que se dio parcialmente a la luz con el título *Tractatus de hispana progenie vocis Ur*. En esta obra Mayans se distancia de los cronistas y establece para la ciudad unos orígenes históricos basados en el análisis rigurosos de fuentes solventes (SEGUÍ-SÁNCHEZ, 2009, 306-308).

La influencia mayansiana se hizo evidente sobre un amplio círculo de autores. El que cobra mayor relieve es José Teixidor y Trilles (1694-1775), dominico, formado en la universidad de Orihuela, aunque discípulo del historiador Jacinto Segura, será por el incentivo de Gregorio Mayans, y desde su puesto de archivero de la orden Dominica de Valencia, que realizó numerosos trabajos históricos relacionados con la Antigüedad, de los que sobresale su *Observaciones críticas a las antigüedades de Valencia*, que no se



La gran renovación historiográfica hubo de esperar a la figura de Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781), un gran impulsor de los estudios históricos bajo una visión crítica, como dejó patente en su *Censura de historias fabulosas*. Buena parte de las referencias del P. Flórez en la *España Sagrada* a Valencia en el tomo VIII se deben a su magisterio. Gregorio Mayans preparó con su hermano Juan Antonio (1718-1801) un diccionario geográfico-histórico, inédito, que incluía referencias a la ciudad antigua de Valencia, y que se dio parcialmente a la luz con el título *Tractatus de hispana progenie vocis Ur*. En esta obra Mayans se distancia de los cronistas y establece para la ciudad unos orígenes históricos basados en el análisis rigurosos de fuentes solventes.

Gregorio Mayans, grabado de Joaquín Giner según un dibujo de José Vergara, 1755. Biblioteca Nacional, Madrid.

publicó hasta 1895. Al mismo círculo perteneció Agustín Sales (1707-1774), eclesiástico, erudito y coleccionista, que alcanzó a ser cronista de Valencia. Amigo de Mayans y autor de numerosas obras, de entre las que nos interesan dos por ocuparse de la ciudad romana de Valencia: *Turiae marmor nuper effosum sive dissertatio critica de Valentino sodalitie vernarum colentium Isidem* (1760), donde se ocupaba de una inscripción romana dedicada a Isis por los esclavos de Valencia; y una *Declaración de una columna del Emperador Adriano* (1766). Como un último epigonismo de los cronistas valencianos del seiscientos, impermeable al espíritu crítico ilustrado, merece citarse por el interés recopilatorio de su obra a Pascual Esclapés de Guilló (1700-1755), librero, encuadernador y dramaturgo que se ocupó también de la historia antigua de Valencia en los inicios de su obra *Resumen historial de la fundación y antigüedad de la ciudad de Valencia, de los edetanos o del Cid. Sus progresos, ampliación y fábricas insignes con notables particularidades* (1738). Antonio Suárez hizo en 1805 unas adiciones al libro de Esclapés con alguna referencia epigráfica y monetaria romana.

Por su carácter recopilatorio interesa también la figura de Antonio de Valcárcel Pío de Saboya y Moura, conde de Lumières (1740-1808), cuya vocación debe mucho a los hermanos Mayans. Fue correspondiente de la Academia de la Historia y miembro de las de Buenas Letras de Barcelona y San Carlos de Valencia. Su obra principal fue *Inscripciones y antigüedades del Reino de Valencia* (1805) que, sin embargo, permaneció sin editar hasta 1852, y que es de gran valor, aún hoy en día, para el conocimiento de la epigrafía romana.

Otra personalidad que ejerció también una fuerte influencia sobre este ambiente de erudición en la Valencia del siglo XVIII fue la de Francisco Pérez Bayer (1711-1794), eclesiástico y erudito en lenguas orientales (griego, árabe y hebreo), paleografía, numismática, epigrafía e historia, secretario del arzobispo Mayoral, catedrático de hebreo de la universidad de Valencia, preceptor de infantes en la corte de Carlos III, en la que llegó a ministro y bibliotecario mayor de la Biblioteca Nacional, cargo este último desde donde favoreció la publicación de clásicos en la *Bibliotheca Hispana Vetus*. Amigo de Gregorio Mayans, su interés por la historia antigua se manifestó claramente en su dictamen sobre la autenticidad de las láminas de Granada y en su inventario de inscripciones romanas de la zona meridional valenciana y murciana, siguiendo las indicaciones de su también amigo Lumières. Su influencia más directa se manifestó sobre Antonio Ponz Piquer (1725-1792), pintor y escritor, protegido de Pérez Bayer, que llegó a académico de la Historia, y de las de San Fernando de Madrid y San Carlos de Valencia. Defensor del neoclasicismo artístico, su obra monumental *Viaje de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, dignas de saberse, que hay en ella* (1772-1794), se limita a dar algunos textos epigráficos ya conocidos (t. IV, cartas II y VI). De este mismo cariz, pero algo más preocupada por temas de la antigüedad, es la obra de los hermanos Jaime y Joaquín Lorenzo Villanueva (1763-1824/1757-1837), publicada bajo el título *Viaje literario a las iglesias de España*, que constituye una fuente interesante, aunque sin novedades, para la historia de la ciudad pues se reconoce seguidora de Teixidor. Las menciones a la Valencia romana se concentran en el tomo IV, circunscritas a la basílica y cárceles vicentinas (carta XXVII) y a un extenso comentario sobre la fabulosa desaparición de inscripciones en el siglo XVI, cuestión que descarta con prolijos argumentos (carta XXX). Tampoco podemos pasar por alto a Bartolomé Ribelles (1756-1826), dominico, historiador y bi-



Antonio Ponz Piquer (1725-1792), pintor y escritor, protegido de Pérez Bayer, que llegó a académico de la Historia, y de las de San Fernando de Madrid y San Carlos de Valencia. Defensor del neoclasicismo artístico, su obra monumental *Viaje de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, dignas de saberse, que hay en ella* (1772-1794), se limita a dar algunos textos epigráficos ya conocidos (t. IV, cartas II y VI). De este mismo cariz, pero algo más preocupada por temas de la antigüedad, es la obra de los hermanos Jaime y Joaquín Lorenzo Villanueva (1763-1824/1757-1837), publicada bajo el título *Viage literario a las iglesias de España*, que constituye una fuente interesante, aunque sin novedades, para la historia de la ciudad pues se reconoce seguidora de Teixidor.

Plano de Valencia, tomo IV de *Viaje de España* de Antonio Ponz, Madrid, 1774.

bibliotecario, cronista de la ciudad y reino de Valencia, cuya obra está en gran parte inédita, pero que es fundamental para el conocimiento de la arqueología y, muy en especial, la epigrafía valenciana, destacando *Ilustración de la lápida romana descubierta en Valencia, en el año 1807, con motivo del ensanche de la calle del Almudín* (1807) (CORELL, 1997, 44). Finalmente, merece destacarse la obra de Marcos Antonio Orellana (1731-1813), erudito y jurista, muy polifacético, entre sus obras interesa su *Valencia antigua y moderna*, redactada en 1791, pero que no fue publicada hasta 1923, y que incorpora interesantes noticias sobre la antigüedad de la ciudad. La fundación en 1738 de la Real Academia de la Historia, centralizando muchas de las iniciativas, permitió reunir noticias de los diversos descubrimientos (CEBRIÁN, 2003).

La historiografía del siglo XIX heredera del espíritu racionalista y enciclopedista de la Ilustración halla un gran continuador en la figura de Miguel Cortés y López (1777-1854), eclesiástico liberal, miembro de la Academia de la Historia, autor de un notable *Diccionario geográfico-histórico de la España Antigua, Tarraconense, Bética y Lusitania, con la correspondencia de sus regiones, ciudades, montes, ríos, caminos, puertos e islas a las conocidas en nuestros días* (1836). Sus voces sobre el Turia, *Tyris* y *Valentia* son un ejemplo de erudición y espíritu crítico sobre el tema hasta entonces no igualados. Un rumbo diferente tomará la historiografía romántica y liberal, preocupada por los orígenes y por la política. Su mejor representante, único para la historia

antigua de la ciudad es Vicente Boix Ricarte (1813-1880), historiador, novelista, periodista y político, precursor de la *Renaixença*. Cronista oficial de Valencia y catedrático de geografía e historia, realizó una extensa, aunque desigual, obra histórica. Nos interesa sobre todo por su eminente *Historia de la ciudad y Reino de Valencia* (1845), donde por primera vez se aborda la historia de la ciudad en un contexto territorial, incorporando además un apéndice epigráfico. Tributario de Cortés, Boix se decanta por una primera fundación romana con soldados lusitanos, siendo éstos los *veteres* y colonos de César los veteranos (PLA, 1962, 82-84). Boix ejerció una clara influencia en las noticias que de la antigüedad recogió Teodoro Llorente Olivares (1836-1911) en su *Valencia. Sus monumentos y artes, su naturaleza e historia* (1887), aunque la obra tenga el mérito de incorporar las grandes aportaciones historiográficas de la segunda mitad del XIX, dando así una visión actualizada de los diversos problemas del origen de la ciudad (PLA, 1962, 85-87).

Una gran figura de la historia antigua valenciana fue, sin lugar a dudas, Roque Chabás Llorens (1844-1912). Sacerdote y doctor en teología. Coadjutor en Dénia, socio correspondiente de la Academia de la Historia, y cronista de Alicante, y desde 1890, canónigo y archivero de la catedral de Valencia. Director de la primera publicación científica valenciana en el campo de la historia y la arqueología, *El Archivo* (Dénia) y autor de numerosos trabajos en los campos de la arqueología, historia antigua, medieval y eclesiástica, destacando por su monografía *La fundación de Valencia y la introducción en ella del cristianismo* (1891), que hacen de él un hito en la introducción de un método moderno en los estudios históricos (RODRIGO, 1996, 47; FITA, 1996, *passim*). Otra de las grandes figuras de la historiografía de la antigüedad valenciana fue José Martínez Aloy (1855-1924), importante político y escritor, presidente de la diputación y alcalde de Valencia y cronista de la ciudad. Aparte de su obra *Aparición del cristianismo en Valencia* (1886) y sus reseñas en el *Almanaque Las Provincias*, su principal aportación bibliográfica se encuentra en la *Geografía General del Reino de Valencia*, dirigida por Carreras Candi (1922), cuyo tomo I de la provincia de Valencia es obra suya. Aquí destacan sus excelentes y eruditos comentarios sobre el Turia, la religión pagana y cristiana o sobre la fundación de la ciudad. En 1923 se crea bajo el patronato de la Diputación Provincial de Valencia el Centro de Cultura Valenciana, en torno a J. Martínez Aloy (1855-1924) y a N.P. Gómez Serrano (1877-1971), que agrupará a una parte de la investigación anterior a la Guerra Civil, y que desde 1928 publicó una revista, *Anales del Centro de Cultura Valenciana* (hoy *Anales de la Real Academia de Cultura Valenciana*). En el periodo anterior a la Guerra Civil merece destacarse a José Sanchis Sivera (1867-1937), canónigo de Valencia, un gran especialista en temas religiosos, autor de *La Diócesis Valenciana* (1920-1921) y de *Arqueología y arte valencianos* (1922).

Por otro lado, en 1927 aparece el Servicio de Investigación Prehistórica (SIP) dependiente también de la Diputación Provincial de Valencia y bajo la dirección de Isidro Ballester. Su colaboración con la universidad de Valencia, a través de Luis Pericot García, permitió en la posguerra que la actividad investigadora no decayera. Esto supuso que alrededor del SIP –cuyo director a partir de 1950, y hasta 1982, fue Domingo Fletcher, seguido por Enrique Pla– y de los departamentos de la Universitat de València (filología clásica, prehistoria y arqueología, e historia de la antigüedad y cultura escrita), los estudios sobre la Valencia romana no dejaron de cultivarse. La primera aportación colectiva del siglo XX, en la que figuraban los nombres de

P. Beltrán, D. Fletcher, N.P. Gómez Serrano, J. San Valero y M. Tarradell, se contiene en la obra *Dos mil cien años de Valencia*, que recoge las conferencias organizadas por el Ateneo Mercantil de Valencia en 1962. Tampoco deben pasarse por alto las contribuciones incorporadas al *Primer Congreso de Historia del País Valenciano* (Valencia, 14-18 de abril de 1971, ed. 1976) y algunas interesantes monografías, como la de J. Esteve, *Valencia, fundación romana*, Valencia, 1978 o la de Enric Llobregat, *La primitiva cristiandat valenciana*, Valencia, 1977. En las últimas décadas la investigación se ha potenciado todavía más y las revistas científicas de ámbito valenciano recogen novedades sobre la ciudad antigua, como es el caso de *Archivo de Prehistoria Levantina (APL)*, *Saguntum* o *Saitabi*. Asimismo, en revistas nacionales y extranjeras se han publicado referencias que afectan a la Valencia romana.

LA ARQUEOLOGÍA EN LA CIUDAD DE VALENCIA

[JOSÉ LUIS JIMÉNEZ SALVADOR –UVEG–]

En ciudades como Valencia, con una historia más que bimilenaria sobre sus espaldas, la presencia de solares con restos arqueológicos constituye una estampa tan cotidiana en el paisaje urbano actual que a muy pocos llama la atención. Pero esa imagen que hoy nos parece tan habitual, no lo era hace tan sólo cuatro décadas, cuando apenas existía el concepto de arqueología urbana. Entonces sí representaba una novedad efectuar una excavación arqueológica en suelo urbano, cuyos restos, generalmente, se destruían o volvían a taparse. En estos casos, al menos, se tenía una cierta constancia de lo que había aparecido, lo que no sucedía en la mayoría de ocasiones en que el descubrimiento se producía en el transcurso de una obra y, lo más frecuente, se destruía u ocultaba sin llegar a darse a conocer.

Esta situación viene de muy atrás, porque del subsuelo de Valencia no han empezado a surgir vestigios arqueológicos sólo en las últimas décadas (RIBERA, 1998a). Las primeras referencias constatadas se remontan al siglo XVI, siempre alusivas al hallazgo de inscripciones romanas, aunque por entonces era muy escaso el interés que se concedía a los testimonios materiales de etapas anteriores de la ciudad, relegados a un papel irrelevante frente a la mayor importancia que poseía la interpretación de las fuentes grecolatinas asociadas con el Antiguo Testamento y combinadas con crónicas falsas, como ya se ha visto en el capítulo precedente en el caso de la obra de Beuter *Crónica General de toda España* (1546).

Por esos mismos derroteros discurrió el siglo XVII, en el que se publicaron dos obras casi coetáneas, por una parte las *Décadas* de Escolano (1610-1611) y, por otra, los *Anales* de Diago (1613), con un contenido muy similar en ambas, aunque tratado de forma diferente, mucho más rigurosa en el caso de Escolano.

El año 1652 acogió el primer hito importante para la arqueología de Valencia, ya que al realizar las zanjas de los cimientos de la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados se exhumaron diversos restos arqueológicos, destacando varias inscripciones, así como elementos de decoración arquitectónica que el entonces secretario del Santo Oficio de la Inquisición, Joseph Vicente del Olmo, describió un año después en su obra *La Lithología o*